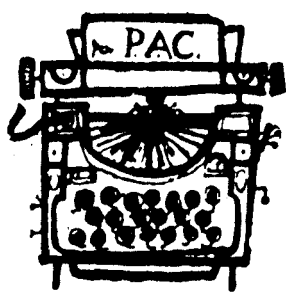


escrito a máquina

Sobre el problema de los mercenarios



“Del día en que los americanos desembarcaron en El Realejo arranca una nueva era, no sólo para Nicaragua, sino también para Centro América”, escribe William Walker en las primeras páginas de su libro “La Guerra de Nicaragua”. “Desde entonces —agrega— la gastada sociedad de aquellos países no pudo evadir o sustraerse a los cambios que los nuevos elementos iban a realizar en su organización social y política”.

Si estos párrafos se le hubieran leído a Castellón y los demócratas que habían alquilado los servicios de los mercenarios americanos, se hubieran sonreído incrédulos o despreciativos. No eran más que 58 aventureros los que llegaban en el “Vesta” al viejo puerto nicaragüense. Tal vez a Castellón le faltó conocer un poco más la historia universal. Cuando un país pequeño coloca extranjeros en sus puestos de mando corre un gran riesgo. El riesgo es mayor si esos extranjeros pertenecen a un país poderoso y más aún si el mando que se les entrega es militar. Tal vez si los democráticos de Occidente rememoran entonces la historia de sus ancestros chorotegas hubieran procedido con mayor malicia o con menos ingenuidad. Porque los Chorotegas dieron hospedaje en sus tierras a unos extranjeros emigrantes que venían del Norte: Los Nahoas o nahuas. Y cuando los Nahoas conocieron bien las fuerzas chorotegas y la condición y valor de sus tierras, les armaron una trampa: anunciando que estaban dispuestos a seguir su migración hacia el sur, pidieron muy humildemente a los chorotegas que los auxiliaran con cargadores.

Los Chorotegas, por ingenuidad pre-nicaragüense, o por salir de ellos, les prestaron sus hombres más fuertes para auxiliarlos. Pero los Nahoas, en la primera noche de viaje, cayeron sobre los cargadores, los pasaron a cuchillo y volviéndose contra los diezmados chorotegas los derrotaron, arrebatándoles una buena porción de sus mejores tierras.

Walker hizo, poco más o menos, lo mismo. No usó la estrategia nahoa sino que actuó muy Siglo XIX —como un personaje de “El Corazón de las tinieblas” de Conrad—, pero repitió la historia, porque la historia repite sus arquetipos pero los disfraza con los signos del tiempo.

Ahora se ha denunciado la presencia de otros mercenarios en puestos altos, y con autoridad, de la Guardia Nacional. Fue la propia Embajada de Estados Unidos la primera en aclarar la índole de esos extranjeros que aparecen, revestidos de autoridad, dando órdenes en inglés e interviniendo en las represiones contra el pueblo nicaragüense. Fueron también ciudadanos norteamericanos los primeros en protestar, en una carta a la dirección de este diario, por la presencia mercenaria de estos soldados de fortuna que deteriora la imagen del norteamericano ante nuestro pueblo. Y fueron ellos quienes calificaron como “servicios gangsteriles” sus servicios al régimen. El vocero del Partido Somocista les llamó “profesores”. Cualquiera que sea el título que se les quiera dar, los mercenarios han sido insertados —desplazando a los nicaragüenses que pudieran ejercer esas mismas funciones— en el centro o comando mismo del poder dictatorial. Aunque no tengan autoridad plenaria, el hecho de que se les asocie al poder, de que conozcan los hilos secretos y los instrumentos y engranajes del mando, de que gocen de intimidad y confianza en la jefatura y de que se les consulte y se les permita dictar sus voces de mando extranjeras en las operaciones represivas y bélicas, basta para que un peligro muy grave

se cierna sobre el pueblo nicaragüense y sobre la misma Guardia Nacional.

Naturalmente que, si se dice que tales mercenarios pueden ser semilla de un nuevo Walker, los voceros y defensores del régimen, tomando al pie de la letra el aviso, se rasgarán indignados las vestiduras o sonreirán despreciativos y sordos. Pero CADA TIEMPO TIENE SU WALKER. Todos sabemos que en las actuales circunstancias del mundo y dentro de las estructuras jurídicas interamericanas ya no es posible el romanticismo de rapiña de un William Walker. No es hora ya de golpes de mano de aventureros que se apoderan de un país y se autoeligen presidentes. Pero la historia, para repetirse, usa el disfraz de las circunstancias. A esos mercenarios se les está abriendo la intimidad del poder (de un poder tiránico en un país sin democracia), se les está enseñando o entregando las claves del mando y, al mismo ejército, se le está enseñando o acostumbrando a obedecer a extranjeros que incluso ordenan (con autoridad) en su propia lengua. ES UNA TENTACION EXCESIVA PARA UN MERCENARIO. Mañana, en cualquier situación de anarquía, de división interna, de muerte o desprestigio del jefe que los controla, ellos pueden quedar dueños de una fuerza imprevisible, o de unas relaciones de fuerza sumamente peligrosas para la soberanía de Nicaragua.

No darán el paso de Walker, porque es anacrónico, pero pueden hacer algo que está en las posibilidades y usos de nuestro tiempo: pueden, por ejemplo, organizar una mafia, soldar el férreo tejido de una internacional corrupta que convierta a Nicaragua, de la noche a la mañana, en una república controlada por las fuerzas ocultas pero implacables de los Al Capones y los “Padrinos”.

Si un solo sujeto, poderoso en dinero como Vesco, ha podido en un país democrático como Costa Rica, tejer una tela de intereses y de corrupción tan difícil de romper, ¿qué sería de nosotros y del país de nuestros hijos, si en las condiciones que padecemos, —tan propicias a la mafia, a la corrupción y al gangsterismo— las grandes fuerzas internacionales del vicio encuentran en uno de esos mercenarios una cabeza de puente para coger el poder, o mejor dicho para participar secretamente en él, y nos convierten en el paraíso de la venta de drogas, de la trata de blancas, de los juegos de azar, etcétera?

Hay muchas otras formas de producir a Walker en los tiempos actuales. He señalado una de ellas porque es la más factible en las condiciones de Nicaragua.

La locura de Castellón al contratar a Walker fue la misma locura e insensatez de los que hoy entregan a mercenarios extranjeros las llaves —o por lo menos el conocimiento y uso de las llaves— del poder militar. Es la locura de potencializar a gente extranjera y sin escrúpulos que, en el momento oportuno, pueden sentirse tentados, por el mismo poder que se les ha dado, a abrir la puerta a una negra dominación; a una dominación de otro tipo de la de Walker, pero no menos perjudicial y no menos costosa su erradicación para nuestro pobre pueblo que vería repetirse su infortunio de 1854.

Unas órdenes en inglés, de un desconocido “profesor” mercenario, fueron las primeras señales de la tragedia de la Guerra Nacional.

Esas órdenes las están oyendo otra vez los nicaragüenses en los canales de los radios militares.

¡Parece que los Chorotegas no cogen experiencia!

PABLO ANTONIO CUADRA